

en 1874— tuvo oportunidad de ejercer al no haber suficientes médicos varones en los hospitales para atender a los numerosos heridos de guerra, tanto en Gran Bretaña como en países del continente europeo donde se formaron cirujanas eminentes. El capítulo catorce regresa al relato biográfico, el de la médica Isabel Emslie Hutton, entre Escocia y Serbia, y de nuevo da la sensación de que escribe los anteriores como una introducción a este, para conocer las duras condiciones de trabajo de las médicas en el frente. Fara muestra que puede contarse la historia del frente a través de la vida dura de los hospitales de campaña en Serbia y Tesalónica. Para cuando acabó la guerra, el asunto de la igualdad seguía pendiente y la gratitud hacia las mujeres se tornó resentimiento; fueron enviadas de vuelta a casa, a trabajos considerados sin cualificación. Pese a todo, no hubo vuelta atrás, en las empresas privadas las mujeres mantuvieron sus puestos y en privado sus intereses científicos, técnicos y profesionales, mientras el derecho a voto no suponía la victoria de la igualdad.

Fara recapitula reflexionando sobre la imposibilidad de seleccionar las diez mejores científicas británicas de la historia, como en su momento solicitó la Royal Society de Londres. Hay muchas y es difícil, sugiere, hacer tal cosa. Quizá el laboratorio al que se refiere el título del libro haya sido la sociedad británica al completo, que transitó a través del sufragismo y la guerra al trabajo asalariado de las mujeres en una sociedad que se soñó más inclusiva. Fara habla de científicas formadas en *colleges* exclusivos para mujeres y de la igualdad como un objetivo político, más que un sueño, incumplido, mientras se resiste a la perspectiva de género, en busca de certidumbres sobre la historia, que ella cuenta con ritmo, de muchas mujeres sabias y valientes. ■

María Jesús Santesmases

Instituto de Filosofía-CSIC, Madrid

ORCID: 0000-0002-7313-6764

■ **Robert G. Webster. Flu Hunter. Unlocking the secrets of a virus.** Dunedin (New Zealand): Otago University Press; 2018, 222 p. ISBN 978-1-98-853131-1. 18,5 \$.

Coincidiendo con el centenario de la pandemia de gripe de 1918-19 han sido numerosas las reuniones, exposiciones y publicaciones que han visto la luz. Una

de estas últimas ha sido la reciente obra del conocido virólogo neozelandés Robert Gordon Webster (1932-), gran experto internacional sobre la gripe aviar, quien desde 1969 ha desarrollado su carrera profesional en los Estados Unidos, en los Departamentos de Microbiología e Inmunología del Hospital de investigación infantil St. Jude en Memphis y como director del *WHO Center on the Ecology of Influenza Viruses in Lower Animals and Birds*, el único laboratorio mundial encargado del estudio de la gripe desde las interconexiones entre humanos y animales. A él se debe no sólo haber establecido la conexión entre la gripe humana y la gripe aviar, sino también ser responsable junto a su equipo de haber introducido un nuevo método en la vacunación contra esta enfermedad. En vez de utilizar el virus completo, su propuesta fue separar el virus en distintas partículas, y con ellas preparar la vacuna.

La obra está estructurada en diecisiete capítulos ilustrados, con notas finales en un único apartado y otro de bibliografía. Incluye además un glosario de términos, de utilidad para facilitar la comprensión a las personas menos familiarizadas con el tema, y un índice temático que permite la rápida localización de aspectos de interés contenidos en el texto o en las ilustraciones.

Partiendo de la pandemia de gripe de 1918, el autor nos introduce en la historia de la investigación sobre esta enfermedad y su agente etiológico ya en el capítulo dos, conectándolo con la actividad desplegada durante la pandemia mal denominada “Gripe española”. Dedicamos los siguientes capítulos a mostrarnos cómo se fue trabajando para tratar de desvelar los misterios que encerraban tanto la enfermedad como los virus responsables de sus distintas manifestaciones en humanos, así como las conexiones con las aves y otras especies de animales. Se apoya para ello en su propia experiencia y las actividades desarrolladas durante su vida profesional, también cuando —a partir del capítulo diez— nos acerca a la experiencia de la gripe aviar de 1997, al surgimiento y eclosión del virus H5N1 y sus efectos, a la primera pandemia de gripe del siglo XXI, al episodio del SARS y al segundo brote de gripe aviar o al inicio de la búsqueda de respuestas sobre el virus de la pandemia de 1918 que posibilitara explicar su gran mortalidad. Esta iniciativa internacional e interdisciplinaria permitió al inicio del siglo XXI determinar el código genético completo del virus de 1918, como se indica en el capítulo quince.

En el capítulo dieciséis, Robert Webster proporciona una panorámica mundial de los trabajos realizados en las últimas décadas por los dos principales grupos de investigación, con el objetivo de desentrañar los misterios del virus H5N1 y tratar de conocer si ese o algún otro de la gripe aviar podría desarrollar la capacidad de su transmisión interhumana, preguntándose, al hilo del debate suscitado, hasta qué punto son necesarios ese tipo de investigaciones para saber más

sobre los virus de la gripe y la publicación de sus resultados, cuando también pueden ser responsables de situaciones accidentales de graves consecuencias o incluso ser utilizados con fines bioterroristas. El autor da cuenta igualmente del efecto final de este debate y de las medidas adoptadas para evitar posibles peligros, como la moratoria de dichas investigaciones para los laboratorios públicos, pero muestra su inquietud por cuanto las investigaciones privadas se escapan de dicha medida y hace un llamamiento a una concienciación de la sociedad civil y los organismos internacionales para que extiendan esa moratoria también al ámbito privado.

Webster dedica el último capítulo a plantear una reflexión final sobre los recursos con los que contamos en este momento para luchar contra la gripe y la posibilidad de que una gran pandemia como la de 1918 se repita, manifestando su convencimiento de que es posible que ocurra un suceso similar, que es cuestión únicamente de tiempo.

Hay que celebrar esta iniciativa de ofrecer una monografía de estas características, que recoge una interesante síntesis de la investigación sobre la gripe, sus virus y manifestaciones más recientes, recogiendo el debate más actual y haciéndolo, además, de un modo bastante asequible para acercar el conocimiento a un público menos especializado pero que tiene inquietudes y desea mejorar su formación. Es una pena que el autor no haya cuidado mejor la manera de seleccionar la información sobre lo ocurrido en la pandemia de gripe de 1918, particularmente en cuanto a la investigación sobre el agente etiológico se refiere. Esto le ha hecho incluir un error importante en la página 29, cuando atribuye a la pandemia de 1918 el momento de convertir en protagonista al *hemophilus influenza* o bacilo de Pfeiffer como agente de la gripe e indica que hubo un consenso por parte de los científicos del momento para atribuirle dicho papel. La realidad fue que la conexión entre esa bacteria y la etiología de la gripe la hizo el investigador alemán Robert Pfeiffer en 1892 y, precisamente, durante la pandemia de 1918 se cuestionó su papel protagonista, generándose un intenso debate científico sobre cuál era el agente causal. A pesar de ello, el texto, de fácil lectura, tiene valor para aumentar el conocimiento sobre una enfermedad que cada año sigue produciendo un número importante de bajas laborales y es responsable de un número de muertes que podrían ser evitadas, pero sobre todo para tomar conciencia de la interrelación entre la gripe humana y la gripe aviar. ■

María Isabel Porras Gallo

Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real

ORCID: 0000-0003-2277-6179